

IV

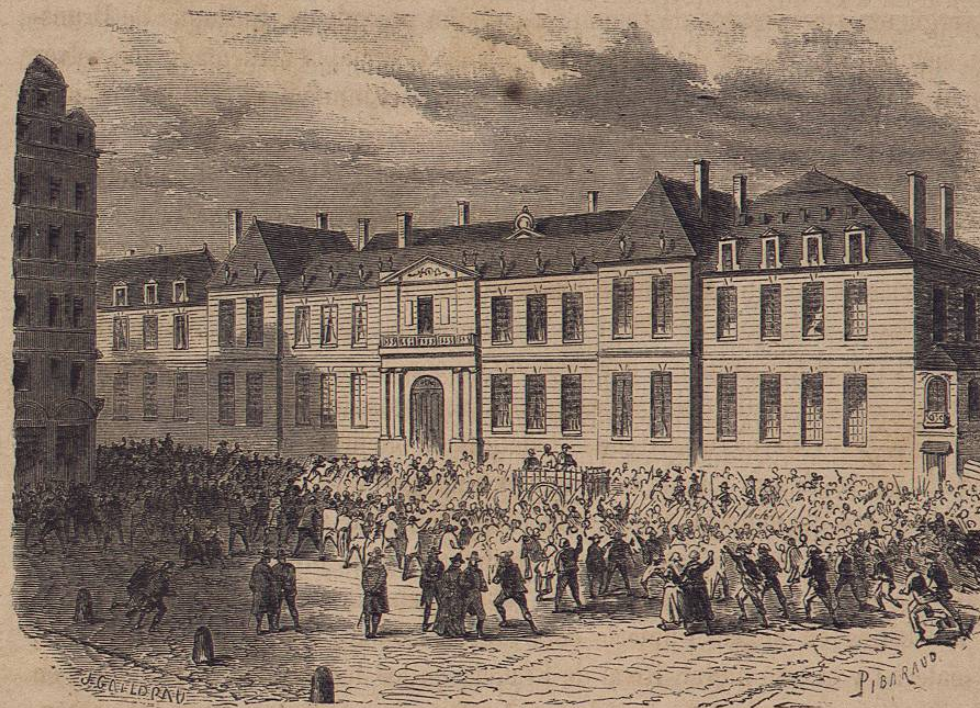
El príncipe de Coburgo, estimulado en vano por Clairfayt y por el duque de York, que mandaba el ejército anglo-hanoveriano combinado, no persiguió al ejército francés, y le dejó tomar tranquilamente la fuerte posición del campo de César. En doce días los coligados hubieran podido acampar sobre la altura de Montmartre. Austria no quería ni vencer demasiado ni ser demasiado vencida; Prusia lo quería menos aún. Únicamente ocupada en rebajar en Alemania la influencia de Austria, en roer al imperio por un lado, en asimilarse á Polonia por otro, el gabinete de Berlín seguía la misma política que le había hecho lanzarse tímidamente y retirar con vergüenza sus ejércitos de Champagne el año precedente. El duque de Brunswick, siempre á la cabeza de las fuerzas prusianas, se había contentado con volver á tomar á Maguncia. Imponente, numeroso, pero casi inmóvil, el ejército prusiano estaba en observación más que en campaña.

El rey de Prusia, con los ojos vueltos hácia Polonia, estaba en su campo. Lord Beauchamp, negociador inglés, fué de Londres para poner un término á la indecisión de este príncipe y hacerle firmar un tratado de alianza con Inglaterra. Las dos potencias se garantizaban respectivamente sus Estados contra Francia.

Entre tanto, habiendo tomado á Condé el príncipe de Coburgo y declarado que lo ocupaba por el emperador y por derecho de conquista, el gabinete prusiano se indignó de ser engañado por los designios ambiciosos de Austria y de Inglaterra, y meditó nuevas defecciones. Algunas palabras de inteligencia y algunas combinaciones de paz mediaron más de una vez entre los generales franceses Biron y Custine y el agente confidencial del rey de Prusia, el hábil é insinuante Lucchesini. Se combatía como pueblos que debían reconciliarse bien pronto.

De repente el rey de Prusia partió inopinadamente para Polonia. Inglaterra sola se obstinó en luchar á muerte contra Francia. Para esto tenía dos motivos, uno material y el otro moral. Rival de Francia en los mares, en las colonias y en las Indias Orientales, disputando á los navíos franceses la navegación y el comercio marítimo, la destrucción de la marina francesa y la ocupación de nuestros puertos en el Mediterráneo ó en la Mancha eran para ella una ambición muy natural y un rico despojo de la guerra para que no lo ambicionase. Por otro lado, aunque las teorías liberales establecen en los espíritus pensativos de los dos pueblos una especie de fraternidad y solidaridad, no obstante, como la libertad francesa se anunciase una vez más como enteramente democrática, el instinto de la aristocracia británica se indignaba y se espantaba del ejemplo de una democracia victoriosa que quería pasar sin aristócratas, así como sin reyes. Esta aristocracia británica se reconocía atacada en su principio. Indiferente ántes á la caída del trono y á las humillaciones del rey, la república le era odiosa desde que Francia pretendía coronar la soberanía del pueblo. Las doctrinas de los jacobinos le parecían blasfemias contra las instituciones hereditarias de la Gran Bretaña. El triunfo de aquellas doctrinas en París y sobre el continente era á sus ojos la subversión de toda sociedad conocida. Inglaterra inspiraba sus terrores y su aborrecimiento á toda Europa, formando del mundo un cordón sanitario alrededor de aquel foco de igualdad. Anudaba y deshacía continuamente la madeja, siempre floja y con frecuencia rota,

de la coalición. Mr. Pitt, que fué para su país el genio personificado de la aristocracia, era allí omnipotente, porque era el primero que había comprendido sus peligros. En vano la oposición más declamatoria que sólida de Mr. Fox y de sus amigos persistía en censurar la guerra y en disputar los subsidios. La opinión británica abandonaba á aquellos amigos obstinados de la revolución francesa, desde que esta revolución mataba á sus reyes y á sus reinas y proscribía á sus primeros ciudadanos. Robespierre desacreditaba á Fox. La guerra contra Francia perdía á los ojos de los ingleses el carácter de guerra de ambición ó de guerra política, y se convertía en guerra social. Mr. Pitt lo obtenía todo, porque pasaba por querer salvarlo todo.



El duque de Orleans conducido al cadalso. — Pág. 168.

V

La red de las alianzas contrarrevolucionarias de Mr. Pitt se extendía ya á todo el continente. Este ministro tenía por aliados á España, arrancada al pacto de familia por el destronamiento de los Borbones de Francia; á Rusia y á Holanda, que le respondían de Suecia y Dinamarca; á Prusia, empeñada por el tratado del 14 de Julio último; al Austria, el imperio y la mayor parte de los príncipes independientes de Alemania, Nápoles, Venecia, y á Turquía en fin, que había rehusado á instancia suya recibir al embajador francés Semonville. Los mismos cantones suizos, y sobre todo Berna y los pequeños cantones, trabajados por sus agentes é irritados por los asesinatos de los desgraciados hijos de Suiza el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, hacían detener á los enviados franceses Maret y Semonville sobre el lago Mayor, y los entregaban al Austria, que los encerró en sus casamatas. Así, á pesar de las envidias interiores de la coalición y del antagonismo

secreto de las tres principales potencias que la componian, Inglaterra consiguió tenerla en batalla más que en campaña sobre el Mosela y el Rhin, pagando los esfuerzos que le arrancaba contra nosotros.

El duque de York, hijo del rey, príncipe valiente y militar instruido, mandaba en la extremidad de la línea del príncipe de Coburgo un ejército anglo-hanoveriano mezclado con algunos cuerpos austriacos y hesseses. El duque de York se impacientaba al ver la lentitud y la timidez del generalísimo. El único ejército que podía defender aún á la Convencion estaba acampado en Arras. El paso del Somme podía sólo detener un momento á los doscientos mil combatientes que el príncipe de Coburgo podía llevar sobre Paris. Los plenipotenciarios enviados de Viena y de Berlin á Lóndres deliberaron allí con Mr. Pitt y el gabinete inglés sobre el plan de campaña. En lugar de concentrar las fuerzas de la coalicion y marchar en masa sobre el Somme, se tomó un partido más conforme al espíritu de division y de incertidumbre que neutralizaba á los gabinetes, y que impedía los grandes resultados.

Mr. Pitt, para quien las disposiciones de las cortes eran muy conocidas, y que no esperaba ningun esfuerzo enérgico y sincero, quiso al ménos asegurar á Inglaterra un punto á la vez marítimo y terrestre sobre el suelo frances. Se resolvió sitiar á Dunkerque.

El almirante Maxbridge recibió orden de hacer preparar una escuadra para batir la plaza, miéntras que el duque de York la atacaría por tierra. El ejército anglo-hanoveriano avanzó por Furnes y se dividió en dos cuerpos, de los cuales el uno, al mando del duque de York, sitió la plaza, y el otro, á las órdenes del mariscal Freytag, ocupó la pequeña ciudad de Hondshoote, y cubrió así al ejército sitiador. Estos dos ejércitos contaban lo ménos treinta y seis mil combatientes. Estaban tambien en comunicacion con el ejército del príncipe de Orange, que constaba de diez y seis mil hombres.

VI

El general Houchard, que mandaba en jefe el ejército frances del Norte, recibió orden de Carnot para libertar á Dunkerque á toda costa. Esta plaza, incapaz de resistir por mucho tiempo, hacía prodigios de patriotismo y de valor para librarse de la humillacion de tener que rendirse á los ingleses. Jourdan, comandante de batallon pocos dias ántes, y á la sazón general por inspiracion de Carnot, mandaba un cuerpo de diez mil hombres acampados en las alturas de Cassel, á cinco leguas de Dunkerque. Informado de los proyectos del enemigo sobre esta ciudad, se había apresurado á ir á ella; dirigió las disposiciones para la defensa, y al regresar á su division de Cassel, había dejado el mando de Dunkerque al general Souham.

Un oficial cuyo nombre no debía tardar mucho tiempo en resonar en nuestras guerras, llamado Lázaro Hoche, acompañaba al general Souham en los cuidados de la defensa. Este jóven militar se señaló al golpe de vista de Carnot por un ardor y una inteligencia que son los albores de los grandes hombres.

Carnot destacó quince mil de los mejores soldados del ejército del Rhin y los envió al general en jefe del ejército del Norte, para dar más fuerza á los reclutas

que componian la masa de este ejército. Carnot fué en persona á llevar á Houchard el ejército y el plan de las operaciones difíciles de que el comité de salud pública le encargó.

Houchard avanzó á la cabeza de cuarenta mil hombres contra la línea de los ingleses. Pasando por Cassel, reunió los diez mil hombres de Jourdan y marchó sobre Hondshoote. El duque de York y el mariscal Freytag se habían fortificado en esta posicion. Su flanco derecho se apoyaba sobre Bergues, el izquierdo sobre Furnes, y su centro en los molinos, reductos, tapias y paredes aspilleras con que había erizado á Hondshoote. Estaban de este modo apoyados en el inmenso pantano de Moers, que se extiende entre Hondshoote y el mar. Algunos caminos fáciles de cortar aseguraban su retirada ó sus comunicaciones con el cuerpo que estaba sobre Dunkerque, siendo casi imposible que el enemigo los atacase en esta posicion.

El duque de York, Freytag y Walmoden descansaban con entera seguridad en la fuerza de esta posicion y en el número de sus tropas; pero no dejaban por eso de acusar la lentitud del almirante Maxbridge en ejecutar las órdenes de Mr. Pitt y conducir delante de Dunkerque la escuadra, que debía secundar á los sitiadores. Esta escuadra no se divisaba en el mar. Una escuadrilla de chalupas cañoneras francesas, ancladas en la gran rada de Dunkerque, surcaba continuamente con sus proyectiles las dunas de arena en donde acampaba el ejército inglés.

VII

El 6 de Agosto, los puestos avanzados de los dos ejércitos se encontraron en Rexpoede, pueblo grande entre Cassel y Hondshoote. Jourdan, dispersando todo lo que encontraba delante, había barrido el camino y las aldeas hasta allí, y había hecho alto para pasar la noche. Tres batallones ocupaban el pueblo. El cuerpo principal de Jourdan acampaba en retaguardia, y la caballería vivaqueaba en las praderas y en los huertos. A la caída del dia, el general Freytag y el príncipe Adolfo, uno de los hijos del rey de Inglaterra, que precedían á corta distancia á sus tropas, cayeron en uno de estos vivacs, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Walmoden ocupaba á Wormouth. Sabiendo la presencia de los franceses en Rexpoede, dejó á medianoche su posicion, cayó sobre este pueblo, dispersó la vanguardia de los tres batallones, libertó á Freytag y al príncipe Adolfo, y faltó poco para que cogiese al general Houchard y á los dos representantes del pueblo Delbrel y Levasseur, que acababan de llegar y estaban cenando en aquel pueblo. Jourdan, corriendo al estruendo del fuego, no pudo salvar más que á su general en jefe y á los representantes. Los tres batallones que ocupaban el pueblo se desbandaron y fueron recogidos por el general Collaud, que vivaqueaba en Ost-Capelle. Jourdan, despues de inútiles esfuerzos para entrar en Rexpoede, volvió en la misma noche á reunirse con Houchard y los representantes en Rembek. Su caballo, acribillado de balazos, murió debajo de él á las puertas del pueblo. Walmoden, despues de este dichoso encuentro, replegó su division sobre Hondshoote y reanimó con su relacion la confianza del ejército inglés.

El 7, Houchard agrupó sus fuerzas y reconoció más de cerca el pueblo y las avanzadas de Hondshoote. Un exceso de prudencia le indujo á destacar una de

sus divisiones para observar á los ingleses acampados cerca de Dunkerque. Con esta medida se debilitó y diseminó. Todos aquellos generales envejecidos en las rutinas olvidaban que una victoria se lo da todo al vencedor. El 8 atacó.

Freytag, herido el día anterior en Rexpoede, no podía montar á caballo; Walmoden mandaba, y había desplegado su ejército en las praderas que están delante de Hondschoote. En el ejército frances, Collaud mandaba la derecha, Jourdan la izquierda, Houchard el centro, y Vandamme la vanguardia. Un reducto con once piezas cubria al pueblo y batía á la vez los dos caminos de Bergues y de Blenheim; otro reducto barria también el camino de Wareem. Las avenidas de estos reductos estaban inundadas, y era necesario para tomarlos marchar con el agua á la cintura, expuestos por diez minutos al fuego de las piezas y de los batallones cubiertos con parapetos. Houchard, que economizaba sus tropas, empleó el fuego y perdió el día en ataques vivos, pero lentos, que no permitían á un cuerpo de su ejército adelantarse á otro, y que no comprometiendo nada, lo perdían todo.

El representante del pueblo Levasseur, militar ignorante, pero patriota intrépido, no cesaba de reprender al general, de pedirle cuenta de cada una de sus órdenes, de amenazarle con destituirlo si no obtemperaba á sus observaciones. Puesto á caballo á la cabeza de las columnas, corriendo de la izquierda al centro y del centro á la derecha, Levasseur, adornado con la banda tricolor y el penacho ondulando en su sombrero, hacía avergonzar á los soldados y temblar á los generales, mostrándoles á Hondschoote delante y la guillotina detras. La Convencion había decretado la victoria, la patria quería salvar á Dunkerque; Levasseur no admitía discusión, ni aún con el fuego.

En el momento en que arengaba desde lo alto de un cerro á una columna que titubeaba, comprometida y batida en el camino hondo de Kellem, una bala de cañon atravesó su caballo. Levasseur cayó, se volvió á levantar, se hizo traer otro caballo, y notó que el batallon se había detenido. «Seguid marchando,—exclamó.—Yo estaré en el reducto ántes que vosotros.» Y se puso otra vez á su cabeza.

Encontró á Jourdan herido, desangrándose é indignado por la indecision del general en jefe. «¿Qué vamos á hacer con semejante jefe?—exclamó Jourdan.—Hay dos veces más gente para defender á Hondschoote que tenemos nosotros para atacarle.» «Jourdan,—le dijo Levasseur,—sois militar; decidme lo que hay que hacer, y se hará.» «Una sola cosa,—dijo Jourdan,—y podremos vencer aún: cesar el fuego, que nos diezma sin debilitar al enemigo, tocar á ataque en toda la línea, y marchar á la bayoneta.»

VIII

Levasseur y Delbrel sancionaron con sus órdenes la inspiracion de Jourdan. Este, restañando su sangre, se lanzó delante de sus columnas. Un silencio más terrible que el fuego reinaba en toda la línea francesa, que avanzó como una barra de acero sobre los atrincheramientos ingleses. Cuatro mil, entre soldados y oficiales, quedaron heridos ó muertos en los caminos hondos, al pié de las tapias y de los molinos de viento fortificados que rodeaban los reductos. Estos mismos, atacados de frente, cesaron en sus disparos cuando se derramó la última gota de la sangre de los artilleros que los servían. Collaud, Jourdan y Houchard hicieron



Muerte del general Dampierre.
Pág. 175.

avanzar la artillería y los obuses á la entrada de las calles, cuyos atrincheramientos arrasaban los proyectiles. Los hanoverianos y los ingleses se replegaron en buen orden, defendiendo aún en su retirada la plaza, la iglesia y la casa del ayuntamiento, acribilladas á balazos. El antiguo castillo de Hondschoote, habitado por los generales enemigos, y testigo muchos días había de las fiestas del estado mayor inglés y hanoveriano, fué incendiado por las granadas. Este edificio enterró bajo sus techos, bajo los trozos de pared derribados y en los fosos, centenares de cadáveres, entre los cuales quedó el del general Cochénhousen, que había muerto en el combate.

Acometido y acosado por todas partes excepto por el lado de Bélgica, Walmoden se retiró con los restos de su ejército sobre Furnes. El duque de York, que había presenciado y aún combatido personalmente en Hondschoote, se trasladó al galope por medio del pantano de Moers á su campo de Dunkerque para levantar el sitio. Houchard, á pesar de las observaciones de Jourdan y de los representantes, que le suplicaban acabase la victoria y recogiese el fruto de ella persiguiendo á los hanoverianos sobre el camino de Furnes, cortando de este modo en dos el ejército enemigo, se detuvo dos días en Hondschoote. Esta maniobra, tan sencilla como fácil, hubiera encerrado al ejército sitiador del duque de York entre las murallas de Dunkerque y los cuarenta mil hombres victoriosos de Houchard. Ningun

inglés se hubiera escapado, y la mar hubiera quedado por los franceses. Hoche y una valiente guarnicion quedaban en Dunkerque, y las dunas de esta plaza, con sólo hacer una marcha de dos horas, hubieran sido las horcas caudinas de Inglaterra. El general no vió ó no conoció lo propicia que le habia sido la fortuna; dejó al ejército del duque de York que desfilase en paz á lo largo del mar por una lengua de arena que une á Dunkerque con Furnes, y que fuese á reunirse á Bélgica á los cuerpos de Walmoden y del príncipe de Orange. Houchard, vencedor, se condujo como vencido y se volvió á Menin, en medio de las murmuraciones del ejército.

La noticia de la victoria de Hondshoote colmó de alegría á Paris; pero el pueblo fué cruel aún en medio de su júbilo. La Convencion echó en cara al general vencedor su misma victoria, y le acusó de traicion. Sus comisionados en el ejército del Norte, Hentz, Peyssard y Duquesnoy, destituyeron á Houchard y le hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario. «Houchard es culpable—decian á la Convencion—por haber vencido á medias; el ejército es republicano, y verá con placer que se entregue un traidor á la justicia, y que los representantes del pueblo vigilen á los generales.» El desgraciado Houchard fué condenado á muerte, y sufrió su suplicio con la intrepidez de un soldado y la calma de un inocente. No era culpable sino de vejez. Su muerte enseñó á los generales de la república que ni la victoria libertaba del cadalso, y que no habia seguridad sino en la completa obediencia á las órdenes de los representantes del pueblo. En una guerra extrema y en la cual combate la nacion entera, el pueblo es quien manda, y sus representantes son los verdaderos generales.

IX

Las operaciones militares sobre nuestras fronteras hasta el mes de Enero de 1794 se limitaron á la ocupacion de Saboya por Kellermann, á la del condado de Niza por Biron, cuyos dos generales lucharon en acciones brillantes pero parciales contra el ejército austro-sardo, fuerte de ochenta mil hombres, y contra inexpugnables murallas naturales; á una campaña desgraciada para los franceses en los Pirineos contra el general Ricardos, pero en donde el anciano general frances Dagoberto, de edad de setenta y cinco años, se cubrió de gloria y reparó veinte veces los descalabros que la insuficiencia del número y los azares de la guerra de montaña hicieron sufrir á nuestro ejército; y finalmente, á las maniobras de Houchard y de su sucesor Jourdan para cubrir á Maubeuge, objeto combinado de las operaciones de los coligados, á quienes aquel punto abria las avenidas de Paris.

Defendida Maubeuge por una fuerte guarnicion y por un campo atrincherado de veinticinco mil hombres, era diezmada por el hambre y por enfermedades epidémicas. Ciento veinte mil hombres la cercaban. El anciano general Ferrand mandaba el campo, y el general Chancel la plaza. Su intrepidez no podia nada contra el hambre, contra las enfermedades y contra la falta de municiones que un largo sitio habia apurado. El patriotismo de los generales, de los soldados y de los habitantes sólo servia para disputar algunas horas más esta puerta de Francia, cuando Jourdan y Carnot anunciaron su proximidad por el estampido del cañon. Ochenta mil hombres del príncipe de Coburgo atrincherados, como habia hecho en otro

tiempo Dumouriez en el Argonne, en una posicion cuyo centro es Wattignies, esperaban á los franceses. Estos los atacaron en cinco columnas, el 15 de Noviembre á las diez de la mañana. Nuestros soldados titubeaban y aún retrocedian en muchos puntos. Carnot, que estaba presente, combate y acusa de cobardía á Jourdan. Esta palabra odiosa llega á oídos del general, y le hace indignarse hasta la demencia. Al oírlo, se lanza á una muerte cierta con una division para escalar una meseta inaccesible bajo el fuego de las baterías de Clairfayt. Su columna fué barrida por la metralla, pero él siguió adelante casi solo. Carnot le consoló, reconociendo su injusticia y su error, y le dejó en libertad de ejecutar su primer plan. Jourdan formó entonces su centro de ataque con una masa de veinticinco mil hombres. Los batallones franceses, encerrando dentro de sus cuadros baterías volantes, abriéndose para hacer sus disparos y cerrándose para cubrirlas, construyeron así una ciudadela movible con ellos en la cima de la meseta. Todo fué barrido por esta formidable columna. Algunas masas de caballería imperial hicieron inútiles esfuerzos para arrollar las cabezas de las otras columnas. Solo una, la del general Gratien, se dejó desbaratar y se desbandó. El representante Duquesnoy, que se encontraba allí, destituyó á Gratien, tomó el mando en nombre de la patria, reunió á los soldados y los condujo á la victoria. Wattignies fué tomado, y los austriacos huyeron ó quedaron muertos en el campo. Desde lo alto de éste, Carnot y Jourdan divisaron á Maubeuge y oyeron los disparos de aquella plaza, que respondia con salvas de alegría á las descargas de sus libertadores.

La batalla de Wattignies, primera ventaja obtenida por un general cuyo genio habia adivinado Carnot, hubiera sido más decisiva si los veinticinco mil hombres del campo de Maubeuge, al mando del general Ferrand, hubieran cooperado á la accion é impedido al príncipe de Coburgo y á Clairfayt que repasasen el Sambre. Los soldados de la guarnicion y los del campo, con el instinto de la guerra, pidieron que se ejecutase esta maniobra. Chancel, que mandaba en Maubeuge, tambien opinaba del mismo modo. La falta de órdenes para hacerlo y la excesiva prudencia de Ferrand no le permitieron acceder á aquellos deseos. La Convencion, sin embargo, necesitaba una víctima, y el inocente Chancel subió al cadalso.

X

En el ejército del Rhin, el carácter desconfiado de los representantes del pueblo acababa de reemplazar en el mando á Custine por Beauharnais, á éste por Landremont, á Landremont por Carlen, simple capitán un mes ántes, y á éste, en fin, por Pichegru. Este ejército, fuerte de cuarenta mil hombres, defendia la entrada de la Alsacia en las líneas fortificadas de Wissembourg. Wurmser, el más afortunado, aunque el más anciano de los generales del imperio, sorprendió estas líneas y las tomó por la impericia de Carlen. Este general, amenazado por otro flanco por el duque de Brunswick, se habia retirado hasta las alturas de Saverne y de Strasburgo. Wurmser, alscio de nacion, entró triunfante en Haguenau, su patria. El terror habia pervertido hasta la traicion el espíritu de una parte de la poblacion de Strasburgo, verdadero baluarte del patriotismo, y se habian entablado sordas negociaciones para entregar la plaza entre Wurmser y las principales familias de la ciudad. La única condicion que se ponía era que el general austriaco ocupase la